

Hablar de poesía 23

Año XII, julio de 2011

Director:

Ricardo H. Herrera

Editor:

Juan Carlos Maldonado

Colaboradores:

Pablo Anadón

Mercedes Araujo

Diego Bentivegna

Marcos Bertorello

Walter Cassara

Cecilia Eraso

Javier Foguet

Laura Gómez Palma

Anahí Mallo

Valeria Melchiorre

Miguel Ángel Montezanti

Claudia Prado

Cecilia Romana

Lucas Soares

Beatriz Vignoli

Jason Wilson

Administrador del blog:

Mariano Pérez Carrasco

www.hablardeposia.blogspot.com

hablar de poesía

23

sumario

Editorial

- Ricardo H. Herrera: 7
Hablar de poesía

Figuras

- Ricardo H. Herrera: 15
La forma humana de Javier Adúriz
- Vladislav F. Chodasevic: 27
Muni: un síntoma
- Gesualdo Bufalino: 43
Autorretratos a pedido
- Anahí Mallol: 53
Stevie Smith: infancia y poesía

Temas

- Giacomo Leopardi: 75
La aspiración al infinito
- Mario Luzi: 95
Vicisitud y forma en Leopardi
- Diego Bentivegna: 105
Mimesis, eros, amor: recorridos dantescos en Pier Paolo Pasolini y Leopoldo Marechal
- Lucas Soares: 131
La fulguración del instante: experiencia poética de lo sagrado

Poesías

- Laura Gómez Palma: 143
Nueve poemas
- Anahí Mallol: 147
Como un iceberg

Ilustraciones interiores: Mariano Cammisuli

Diagramación: Silvia Otero

© Alción Editora, 2011
Av. Colón 359 — Galería Cinerama — Local 15
5000 — Córdoba — República Argentina
Tel./Fax: (0351) 423—3991
E-mail: alcion@infovia.com.ar
www.alcioneditora.com.ar

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
I.S.S.N.: 1514—478X

Petróleo, es el paso de un orden espacial o un orden temporal, que es el orden de la obra, el orden que lleva a “clasificar un espacio en potencia de ser”. El “esbozo” es, en cambio, del orden de la obra mística, del orden de la ausencia de obra, que permite pensar la dicotomía entre el legado de Adán y el delirio, entre una poética del orden y el momento musical lleno de voces, encarnado en Samuel Tesler, quizá el gran personaje de su novela, que Marechal construye a partir de los rasgos del poeta Jacobo Fijman.

La figura del loco se entrecruza, finalmente, con la del santo, que, en las palabras con las que Adán concluye su diálogo poético, es “alto terrible, algo monstruoso, repugnante...”. Estas palabras remiten a una idea de santidad que el propio Marechal describe en una extraña hagiografía publicada en 1943 donde el tema es la flagelación del cuerpo, el extremo místico, la entrega total del cuerpo a lo divino: *La vida de Santa Rosa de Lima*, la santa peruana a quien Adán, no por azar, nombra en su invectiva.

El momento de la inspiración absoluta es, pues, el momento *monstruoso* de la locura y de la santidad. De la fuga, en última instancia, de toda obra, de toda realización, de todo estilo.

La fulguración del instante

La experiencia poética de lo sagrado

Lucas Soares

*En vez de ser edificada con lo recordado,
que la escritura, sin memoria y sin yo, se
convierta en construcción del presente.*

Alberto Girri¹

I. El instante poético

¿Qué es lo que hoy tiene para decir la poesía acerca de lo sagrado, huidas ya las Musas griegas y acaecida la muerte de Dios y de los diferentes “mundos verdaderos” que se escondían tras su nombre? ¿Qué le queda al poeta en tiempos donde lo único estable es la fragmentación; donde una multiplicidad de discursos líquidos disuelve toda posibilidad de referentes últimos (lo cual para algunos pensadores contemporáneos constituye una liberación, y para otros un tormento)? Ante una época de transvaloración irrefrenable de todos los valores, la poesía permite todavía aferrarnos a la tabla de salvación del instante. El instante como su anclaje vital. “Después que uno —señala Wallace Stevens— ha abandonado la creencia en Dios, la poesía es la esencia que ocupa su lugar, como redención de la vida”.² Tal es el lugar que Nietzsche le asigna a la poesía trágica en su obra. Tal es la entrega filosófica al poema a que nos insta el pensar futuro propuesto por Heidegger. Si la dimensión

¹ Girri, A., “El motivo es el poema”, en *Poemas selectos*, Buenos Aires, Corregidor, 2010, p. 250.

² Girri, A., *Poemas de Wallace Stevens*, Bibliográfica Omeba, 1967, p. 32. (Debo a Rogelio Fernández Couto, gran lector de poesía, el descubrimiento de esta edición.).

de lo sagrado permanece cerrada en nuestra época, la poesía deviene el refugio donde aún puede vivenciarse una experiencia del mismo. Sabido es que para Heidegger el nombramiento poético de lo sagrado supone que el poeta es una suerte de mediador al servicio del decir inicial del Ser. El poeta como un rapsoda del Ser. (Ello puede verse claramente reflejado en la conferencia de 1937, “Hölderlin y la esencia de la poesía”; en el curso de 1934-35 titulado *Los himnos de Hölderlin: “Germania” y “El Rin”*; y en la conferencia “¿Y para qué poetas?”, de 1946, entre otros textos.). A través de la articulación de tres tópicos –la instauración del Ser con la palabra, el tópico hölderliniano de la presencia/ausencia de dioses y el de la poesía como lenguaje originario de un pueblo–, la ontología poética heideggeriana procura pensar así el modo de presencia de lo sagrado (*das Heilige*) en la experiencia poética.

Pero fuera del horizonte abierto por la ontología poética heideggeriana, ¿qué otra perspectiva cabe abrir para pensar la experiencia poética de lo sagrado? Lo que me interesa plantear aquí es que tal experiencia pasa fundamentalmente por una aprehensión profunda del instante. El instante es el tiempo de lo sagrado en poesía. El tiempo que sustenta la función poética del lenguaje. Se trata entonces de pensar la cuestión de la experiencia poética de lo sagrado no tanto bajo la óptica heideggeriana de un desocultamiento de la verdad de Ser, sino –más humildemente– como la captura de la densidad ontológica del instante.

Ahora bien: ¿qué es lo que entendemos aquí por instante poético y en qué sentido puede llegar a vislumbrarse en su naturaleza mudable un viso de eternidad, que es donde creo estaría operando una experiencia poética de lo sagrado?

El instante poético es una insinuación puesta en palabras. Un punto de vista que ordena y desordena el mundo en un parpadeo. Castillo de naipes cuya efímera vida deja sin embargo insondables resonancias en nuestra mente. El instante poético desgarrar el velo de la realidad que nos circunda para hacernos intuir lo que ella encierra de verdaderamente extraño y contradictorio. “Y cuando me resulta extraña una palabra –dice Clarice Lispector–, es entonces que ella adquiere sentido. Y cuando me resulta extraña la vida, entonces comienza la vida”.³ El instante poético permite vincularnos con el misterio de las cosas oculto bajo la maleza de lo cotidiano. Es una caja de resonancia de significantes a la que –por suerte– no hay por qué buscarle algo tan molesto como un sentido. Son justamente esas resonancias las que nos dejan boyando en torno de eso que anhelamos y no sabemos qué es. El instante poético vive de aquello que se le escapa. Ahí es donde se poetiza: donde no se sabe. Si se sabe, no se poetiza. Por eso el decir poético se aferra al instante, y se propone dejarlo abierto y expuesto como una herida para ver qué es lo que acontece a partir de su desangrado. La llaga viva del instante no es sino la pregunta esencial que éste abre, la cual objetiva ese signo sin significado que somos. Lo sagrado sería así la experiencia poética de ese signo.

Se poetiza sobre aquello que es: la forma más desnuda del acontecer: el instante. La poesía es el registro que planta en nosotros la simiente viva y temblorosa del instante. Que actúa en el núcleo del instante. Como en Parménides, todo poema en el fondo no busca decir otra cosa que esto: se es. “Pero la palabra más importante de la lengua –apunta Lispector– tiene sólo dos letras: es”⁴. Porque

³ Lispector, C., *Agua viva*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010, p. 107.

⁴ *Ibid.*, p. 41.

se es verdaderamente en el instante. O mejor: es el instante poético el que verdaderamente nos instala en la aporía acerca de qué es ser, qué somos y quiénes somos. Apunta Heidegger: “Ahora se muestra: no sólo no sabemos quiénes somos, que finalmente e, incluso, primero debemos participar precisamente en la poesía, para previamente, crear la condición necesaria a fin de que devenga el tiempo en el que, entonces, podamos experimentar quiénes somos. Nos excluimos de lo poético en cuanto configuración fundamental de la existencia histórica cuando, a través de la poesía, no dejamos que la pregunta ¿quiénes somos? llegue a ser, en nuestra existencia, una *pregunta* que realmente preguntamos, es decir, que sostenemos durante todo el breve tiempo de vida”.⁵

II. El Momento de Verdad del instante poético

Para ir más a fondo: ¿cuál sería el componente de verdad del instante, si éste es por definición lo que justamente no está destinado a durar, lo más efímero y superficial? ¿Qué es, pues, lo que habría de verdad en el instante poético?

Cuando Badiou habla de verdades –puesto que para él no existe jamás la verdad sino que sólo hay verdades agrupadas en cuatro sentidos: científica, artística, política y amorosa–, señala que éstas son eternas, singulares y universales. ¿En qué sentido una verdad singular puede ser a la vez universal? Entendiendo su singularidad a la luz de su origen o construcción, y su universalidad en relación con su destinación, es decir, a partir de sus efectos a distancia del mundo en que tal verdad fue concebida. Ello puede servirnos para definir el Momento de Verdad del

⁵ Heidegger, M., *Los himnos de Hölderlin: “Germania” y “El Rin”*, Buenos Aires, Biblos, 2010, p. 63.

instante poético. En tal sentido éste sería particular, tendría un aquí y un ahora en lo que respecta a su origen, pero universal en cuanto a su destinación y a sus efectos en nosotros. La experiencia sagrada del instante poético nos instala en el espacio de una pregunta que es a la vez singular y universal. La peculiaridad de su verdad estriba en que, siendo única e irrepetible por definición, atañe también a todos. Una verdad cuyo sentido alcanza en el poema la inmovilidad de lo eterno. Algo que nos trasciende y a la vez es nosotros. Como señala Girri: “Que por ser el poema momento en el tiempo, objeto en el tiempo, con cierto número de variantes a su alcance, ese momento y objeto tendrían una reiteración infinita en la eternidad. Poemas que en la eternidad seguirán dándose”.⁶ Hablamos de una verdad que permite desprendernos por un instante de nosotros mismos para pasar a vivenciar una experiencia que nos compromete a todos. El espacio sagrado de la poesía es la epifanía del instante. “El Momento de Verdad –apunta Barthes– no es develamiento, sino por el contrario *surgimiento* de lo ininterpretable, del último grado del sentido, del *después de lo cual no hay nada que decir*: de allí, la filiación con el haiku y la Epifanía”.⁷ La patria del poema es el efímero paraíso del instante. Al entrar en ese paraíso adquirimos plena conciencia de que lo que más estimula nuestra percepción epifánica de la vida es su condición efímera.

Al fotografiar el relámpago de una percepción, el poeta

⁶ Girri, “El motivo es el poema”, *op. cit.*, p. 261.

⁷ Barthes, R., *La preparación de la novela*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 162. Para Barthes el haiku constituye una especie de propedéutica de lo que él llama el *Momento de Verdad*: “Momento de la historia, de una descripción, de una enunciación, nudo brusco del curso de lectura, que toma un carácter excepcional: conjunción de una emoción que inunda (hasta las lágrimas, hasta la perturbación) y de una evidencia que imprime en nosotros la certeza de que lo que leemos es la verdad (ha sido la verdad)” (p. 159).

sacraliza el instante como la memoria de lo que se olvida. Deja una instantánea de lo que –por la fuerza disuasiva de lo cotidiano– se nos pasa de largo en la estrecha corriente de la conciencia. Como un flash fotográfico, queda en nosotros la resonancia del instante poético. La experiencia poética de lo sagrado reside en la verdad de esa resonancia, en la vislumbre de lo implícito que nos toca completar. El instante poético es sólo la punta del iceberg. La verdadera poesía deja oculto lo más importante para que ello sea desocultado y recreado en cada uno. El decir poético es –para usar un término esclarecedor de Heidegger– “el apenas-permitido-develar el misterio”.⁸ Nos hace *siniestrar* la realidad, si seguimos la definición de Schelling acerca de lo siniestro como “algo que, debiendo haber quedado oculto, se ha manifestado”.⁹ Des-domestica nuestro estar en el mundo, de forma tal que lo conocido se vuelve desconocido, y lo desconocido, conocido. El instante poético intensifica así nuestra visión conciente e inconciente de la realidad. Tramita una purificación de las formas convencionales del percibir, en cuanto llega a revelarnos nuestros lados omitidos, la potencia significativa de los divinos detalles y la textura secreta de las cosas.

No habría en este sentido mayor estímulo que el resabio de imágenes y silencios que deja a su paso el instante poético, a la manera de los rieles que se ven desde la ventana del tren. Tomando prestado de Marx sus palabras para definir “lo concreto”, diría que la verdad del instante poético expresa “la síntesis de múltiples determinaciones”.¹⁰

⁸ Heidegger, *Los himnos de Hölderlin*, op. cit., pp. 223-224.

⁹ Freud, S., *Lo siniestro*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1987, pp. 18, 46. Sobre el uso de lo siniestro por parte del poeta, agrega Freud: “Pero en este caso el poeta puede exaltar y multiplicar lo siniestro mucho más allá de lo que es posible en la vida real, haciendo suceder lo que jamás o raramente acecería en la realidad” (p. 61).

¹⁰ Marx, K., *Introducción a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Almagesto, 1992, p. 37.

En él decanta la unidad de lo diverso como proceso de síntesis, resultado y a la vez punto de partida de otra cosa. Lo sagrado intuido en el instante. Como si en el instante poético refulgiera el Aleph, aquel punto del espacio que condensa todos los puntos.

Pero ya es hora de dar algún indicio de lo que estamos tratando de sugerir. En un libro bellissimo, llamado *Los treinta y tres nombres de Dios*, Marguerite Yourcenar se refiere poéticamente a Dios mediante treinta y tres nombres-instantes. En ellos podemos intuir sus modos de presencia bajo un sentimiento agudizado del instante:

16.

La mano
que se pone en
contacto
con las cosas

18.

La mirada
y lo que mira

32.

El silencio
entre dos amigos

33.

La voz que viene
del este,
entra por la oreja
derecha
y enseña un canto¹¹

¹¹ Yourcenar, M., *Los treinta y tres nombres de Dios*, Córdoba, Alción 2003.

III. El pasar fluyendo

El instante poético nos hace retornar al estado primigenio de ver por primera vez. Volver a mirar con ojos ignorantes para reencontrarnos con la infancia del mundo. Con aquello que, a pesar de haber sido visto innumerables veces, revela su verdadero sentido sólo a la luz de su aparecer en el poema. El instante poético nos permite rozar esa realidad más profunda que hay atrás del pensamiento: “la idiosincrasia sensorial de las cosas” (palabras de Girri).¹² Como cuando vemos algo o alguien por primera vez. Como una intuición que ve antes que el pensamiento. La experiencia poética de lo sagrado abre atajos para ver y vemos antes que el pensamiento.

Lo sagrado acontece en la experiencia poética como un pasar fluyendo. Nada es igual a lo que fue tras ser traspasados por la fluencia del instante poético. Como en el río heraclíteo, ese traspasar supone un contacto con el flujo mutable de las aguas, y a la vez una experiencia de lo permanente ligada al cauce. De lo que se trata —como señala Gadamer— es que “en el momento vacilante haya algo que permanezca”.¹³ El tránsito por el poema es un pasar fluyendo que abre compuertas en la mente. La experiencia sagrada del instante poético estriba en la vivencia simultánea del cauce y la fluencia siempre distinta de las aguas.

Bajo las actuales condiciones de la época, la poesía se limita a traducir e instaurar una experiencia de lo sagrado más apegada a una fotografía del instante aprehendido en palabras y silencios, que a la búsqueda de un sentido divi-

¹² Girri, “El motivo es el poema”, *op. cit.*, p. 244.

¹³ Gadamer, H.-G., *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 124.

no-trascendente-redentor. Digamos que aborda la densidad de lo que existe desde la abismal sencillez del instante. O desde la celebración de su epifanía. El poema deviene así imagen completa que retiene su propio mundo, y que plantea una experiencia del aquí y ahora, sin futuro ni pasado. Sólo un tiempo presente que todo lo incluye. El poema como la forma sagrada de expansión del instante.

Entregarse al instante poético, experimentar lo sagrado de ese acto, implica el salto que, desde la perspectiva que tratamos de sugerir, no es otra cosa que la asunción del estrecho parentesco que existe entre el sentido y el sinsentido. La experiencia poética de lo sagrado se vincula con la asunción del mundo como imposibilidad de lo estable y de lo absoluto. O en todo caso, con lo absoluto del instante. Consiste —para decirlo con una bellísima frase de Lispector— en entregarse “al expectante silencio que sigue a una pregunta sin respuesta”¹⁴. Para reencontrarnos así con la prístina impresión del instante y su pasar fluyendo. La experiencia poética de lo sagrado como la mostración de esa dificultad, tan humana, de entregarse sin red al instante.

¹⁴ Lispector, *op. cit.*, p. 25.